



NOTA EDITORIAL

Querido Lector,

En la inquietud de sí desplegada, desde Occidente, por la circunscripción osada de un sujeto filosófico en pro de un acceso a la verdad y a su verdad, la cuestión de la finitud humana irrumpe de manera regresiva y lancinante. Ese saber –saber paradójicamente incierto– que uno va a morir y esa tentativa de apaciguamiento de los hondos miedos que la muerte convoca, vía el meditar, son, a la vez, la comprobación de que los límites epistemológicos y la voluntad de vivir bien, no siempre conlleva a una realización óptima, digna de ser perfilada moral y artísticamente. Levantarse, de cara a la *doxa*, parecería una tarea jamás desmentida. Desde ese umbral filosófico y ese estado de asombro y de preocupación por los otros y por el rumbo del mundo, la muerte sorprendió al final del semestre pasado a nuestro amigo y colega, Jairo Escobar, profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.

Atónitas, en un principio, las voces amigables resonaron para lamentar su pérdida y celebrar sus dulces cualidades, que hacían de él un espíritu filosófico y libre en cada uno de sus actos, tanto los más públicos como los más íntimos. En esa ausencia-presencia, la vida no se resume a una fecha de nacimiento y de muerte, y el recuerdo se alimenta de un extraño impulso a ser inventivo en la prolongación de los gestos y las palabras, que pareciera deberse a las insuficiencias de una consolación filosófica. Habrá otros

actos y otras palabras para enfatizar algunos matices de esta vida filosófica que esposaba, en gran medida, las problemáticas platónicas y adornianas; será uno de los asuntos del número 47 de la revista *Praxis Filosófica*. La precipitación en esos temas no es buena consejera. Mientras tanto, tendrá Usted a disposición entre esas páginas ya abiertas, una evocación amable de la figura filosófica de Jesús Mosterín y de su prolija realización en diversos campos.

Desde el inicio decíamos algo sobre los rasgos problemáticos de la condición humana. ¿Quién más que el padre del psicoanálisis por iniciar esa aventura hacia lo insondable, hacia lo que está más allá de la superficie de la conciencia desde donde se arguya con una buena razón el fundamento supuesto de los códigos y las normas sociales? Los tópicos de ese discurrir filosófico son considerados con amplitud y sin caer jamás en las presunciones de una escritura suficiente y técnica. Lo anterior se prolonga con una reseña que logró valorar con altura una antología de artículos y ensayos del profesor Lelio Fernández en una selección inteligente por parte de su amigo, el profesor Jean-Paul Margot. He aquí uno de esos puentes que asegura un diálogo generacional entre el pasado de nuestro Departamento de Filosofía y su presente. Una vertiente de esos estudios entre filosofía y psicoanálisis de cara a esa otra modalidad de la cultura que es la religión permite considerar tanto los puntos nodales entre Freud y Gramsci como sus anteposiciones; otro elemento que contribuye para nosotros al debate que deseamos crítico. La osadía de la tolerancia, la de ayer y la de hoy, bien puede valerse de lo que cometió en su momento un Voltaire que se volvió luego merecedor del gusto nietzscheano. Esos elementos de exegesis y de indicaciones históricas bien podrían contribuir a un diagnóstico de una actualidad latinoamericana, como también las posturas referidas de Reyes Mate sobre la justicia. ¿De hecho, qué hay de la pertinencia en la referencia al estado-nación y a las subjetividades cívicas, hoy? La confrontación de Smith con Hayek entorno a la tradición liberal es otro de los materiales filosóficos que arrojaría una posible respuesta a esta pregunta. En definitiva, es el camino emprendido, camino filosófico, que torna al hombre en una agudeza intelectual y vital sobre sus figuraciones colectivas, y ello importa más que el dictamen moral que procede de unas recetas de felicidad. Aunque el hombre sea *un animal político*, según la expresión consagrada, uno no debe olvidarse de la economía (política); la intromisión de este elemento sacude forzosamente a la filosofía –desde un enfoque smithiano– porque la obliga a brindar una orientación moral de cara al despliegue histórico de la economía.

Las grandes cuestiones morales que el hombre inicia desde el hombre remiten a las posibilidades y a los usos culturales del lenguaje. Y dichos

usos se prueban en el tiempo, que uno esté adscrito y regulado por su época, o que uno se torne en el *intempestivo*. A partir de dos perspectivas, la una wittgensteniana y la otra chomskiana, el registro de la recursión, dentro de la filosofía del lenguaje, se desdobra inevitablemente en un enfoque antropológico. El horizonte del mundo, a partir del cual esos registros se asumen y se enuncian, entre sencilla comunicación y constitución filosófica del *asombro*, no conlleva tan fácilmente a traspasar ni a anular el valor óntico y su aparecer. En este caso, el recurso a la fenomenología husserliana parece conveniente. Atravesada por el tiempo, la intencionalidad (de la conciencia) es forjadora de sentido. Las etapas del pensamiento son relativas a ese carácter óntico y preguntar sobre su inicio es una cuestión que se presentó en la configuración de dos modernidades, la medieval y la hegeliana, objeto ambas de una confrontación sistemática por Cornelio Fabro. Y que la moral esté o no expresada y esté o no estructurada por una cierta visión antropológica, supeditada a categorías eminentemente culturales, las circunstancias y los aleas de la vida, conllevan a interrogarse sobre la permisibilidad o no del mal, en tanto que querer y acto. ¿Quién sabe, si desde la tradición del Liceo, no encontraríamos modos anticipados de la interrogación y el camino hacia una suerte de resolución? El reconocimiento de la contingencia en los actos humanos, que es constitutiva de la fragilidad de la condición humana hace todo el precio y –¿por qué no afirmarlo?– la belleza de una concreción de una ética ejemplar. Cuando la duda y la incertidumbre se develan al enfatizar esa suerte de fragilidad humana, también los límites y las posibilidades de la acción advienen en primer plano en el escenario filosófico. Retornar a la postura escéptica, compleja e inquietante, desde su origen heleno, es quebrar la estabilidad de las doctrinas, de las opiniones y de los dogmas. El sentido existencial que uno debe inventar encuentra ahí su eco moderno en el qué nos es loable conocer y en el qué debemos hacer (moralmente hablando).

Ciertas ideologías no soportan esa inquietud del filósofo libre que difiere y reinventa la vida. Pensemos que el trabajo editorial que hemos emprendido desde hace ya varios números está orientado *en pos* de la excelencia académica y, sobre todo, *en pro* de un gusto por no alejarse de la compañía de los espíritus libres. Es una escala menor dentro del gran concierto de la mundialización, pero es una musiquilla que no deja de resonar y de ser escuchada el que el profesor Luc Brisson de la Sorbona, ese especialista mundialmente reconocido en los estudios platónicos, mencione a *Praxis Filosófica* en su bibliografía platónica (2015-2016; 2016-2017: <http://platosociety.org/plato-bibliography/>), así como, en su edición francesa del *Timeo* (GF, 6a edición, París, 2017), al artículo de la profesora Henar Lanza que publicamos (“Matemática y Física en el *Timeo* de Platón.

Poliedros regulares y elementos naturales”, Número 40, pp. 85-112). Estos reconocimientos, con otros, dan cuenta de una difusión internacional de la revista.

Querido Lector, le agradecemos su compromiso en su proceder por acompañarnos y le deseamos, una vez más, una lectura entusiasta.

¡Hasta muy pronto!

François Gagin